

**VIDA Y OBRA DEL DR. EDUARDO BRAUN MENÉNDEZ.
LAS RELACIONES ENTRE LA CIENCIA Y LA CULTURA**

Enrique T. Segura

Instituto de Biología y Medicina Experimental (CONICET). Obligado 2490
1414 Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina. E-mail: esegura@dna.uba.ar

Resumen

En el presente trabajo, se enfatizan las relaciones existentes entre la Ciencia y la Cultura, a propósito de la evolución histórica de la Escuela Argentina de Fisiología y de la biografía de una de sus figuras más relevantes: Eduardo Braun Menéndez (1903-1959). La tesis básica es que el conocimiento científico, en tanto producto directo de la cultura vigente, requiere una atmósfera particular en un momento determinado de la historia del pensamiento, para poder expresarse. En tal sentido, se señala el paralelo existente entre las condiciones de desarrollo de la Escuela Fisiológica Alemana del siglo XIX, liderada por Johannes Müller (1801-1858) y la Escuela Argentina de Fisiología, creada y conducida por Bernardo Houssay (1887-1971). La personalidad y la producción científica de Braun Menéndez es presentada como el resultado de un talento especial, involucrado en un clima propicio, en el que se asocia la búsqueda del conocimiento científico, en coincidencia con el desarrollo de una cultura superior. Los descubrimientos particulares de su exitosa carrera, descriptos como hallazgos de gran importancia a nivel internacional, deben entenderse, no como sucesos aislados, sino formando parte de un sistema integrado de conocimientos. Se analiza en particular su participación en el descubrimiento de la angiotensina.

Palabras clave: Biografía; Braun Menéndez; Ciencia y cultura; Angiotensina.

Abstract

Life and work of Dr. Eduardo Braun Menéndez, relations between science and culture. In this paper, the interrelationships between Science and Culture are emphasised in the light of the origin and the evolution of the Argentine School of Physiology and the biography of one of its most outstanding figures: Eduardo Braun Menéndez (1903-1959). The basic thesis is that the scientific knowledge, as the direct product of the standing culture, needs for a peculiar atmosphere in a given time to be reached. In that sense, similarities between the developmental circumstances of the 19th century German Physicalist School led by Johannes Müller (1801-1858) and the Argentine School of Physiology created by Bernardo Houssay (1887-1971) are pointed out. The personality and scientific achievements of Braun Menéndez are presented as the result of the interaction of an special talent surrounded by the appropriate cultural environment. In other words, research success is clearly favoured by a higher cultural level. of scientists. The findings by Braun Menéndez, must be understood as parts of an integrated system of knowledge and not as isolated events. The angiotensin discovering is particularly considered.

Key words: Biography; Braun Menéndez; Science and culture; Angiotensin.

*Acto de homenaje, realizado el 26 de septiembre de 2003, al Académico Titular
Dr. Eduardo Braun Menéndez (1903-1959) con motivo de cumplirse el centenario de su nacimiento.*

Introducción

En primer lugar, deseo agradecer profundamente la invitación de esta honorable Academia, para referirme a la vida y la obra de un personaje tan entrañable e importante de la historia de la ciencia argentina en general y de la fisiología en particular como Eduardo Braun Menéndez. Estoy seguro que varios colegas investigadores que trabajaron bajo su dirección, harían una semblanza mucho mejor. De todos modos trataré de estar a la altura de las circunstancias. En la preparación de este manuscrito, además de mi propia memoria del contacto directo con el personaje, consulté diversas fuentes entre las cuales debo señalar los Escritos y Discursos del Dr. Bernardo A. Houssay [1] y diversos textos debidos a Nidia Basso [2], Marcelino Cerejido [5] y Guillermo Jaim Echeverry [6]. Tuve también la fortuna de contar con el testimonio invalorable de Josefina Yanguas.

Referirse a tan hermosa persona como fue Eduardo Braun Menéndez, es tarea en extremo sencilla y árdua al mismo tiempo. Sencilla porque de inmediato brotan las palabras elogiosas que hacen justicia a su grandeza moral y sus méritos intelectuales que cautivaron a cuantos le conocimos. Difícil porque los muchos años transcurridos no han logrado atemperar siquiera la cruel impresión de abandono y soledad en que nos sumió su prematura desaparición. Hoy integra sin duda esa selecta galería de figuras egregias a la que alude Mitre cuando, refiriéndose a Rivadavia, apela a la expresión de "grande hombre civil de la tierra de los argentinos". Pero, más allá de estas consideraciones formales, se actualiza en mí la memoria de la persona ejemplar, modelo ideal para la juventud, que sin duda fuera Eduardo. En estos días, he releído con verdadera unción las notas que don Bernardo Houssay, nuestro común maestro, elaboró y leyó profundamente conmovido, a propósito de la despedida final. Se trata, por cierto, de textos formalmente impecables, pero emocionan especialmente por el amor profundo que trasuntan. Las excepcionales y muy merecidas alabanzas hacia la persona y su obra, se entremezclan con el lamento desgarrado y la pena inconsolable ante la pérdida del hijo dilecto. Porque todos vivimos aquella desaparición con la intensidad de una tragedia irreparable, de la cual nunca más habríamos de recuperarnos y hoy, a más de cuarenta años sigo pensando que, en efecto, nuestra suerte sufrió un vuelco funesto aquel 16 de enero de 1959.

Sonó entonces como una paradoja nefasta, que el anciano maestro despidiera al discípulo, tal un padre a su hijo más amado, contraviniendo las leyes naturales del curso de las generaciones, dando razón al decir del poeta: "no se engañe na-

die no, pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vió".

Rebuscando en la historia de los personajes célebres, encontré dos ejemplos similares remarcables. Uno, el de Confucio, quien se permitió llorar la muerte del discípulo más caro a su corazón, Yen-houai, por un período mucho más prolongado que el prescripto por los ritos. Otro ejemplo fue Linneo, quien se refiere así a su más querido discípulo, el botánico sueco Pehr Löflingás, muerto a la temprana edad de 27 años: "Ninguna cosa pudo serme más sensible que la pérdida del mejor y más amado de mis discípulos, a tiempo que con esmero y diligencia, trabajaba en enriquecer la Historia Natural".

La oración de Houssay en la oportunidad, supera en su sincera expresión, el dramatismo y la congoja de cualquier versión humana semejante.

Braun Menéndez y la escuela argentina de fisiología. Relaciones entre la ciencia y la cultura

Tomando en cuenta la personalidad del gran hombre que fue, quienes tuvimos el privilegio de conocerlo, encontramos en Eduardo Braun Menéndez mucho más que un científico de excepción, sino también y especialmente, a un representante cabal de la cultura contemporánea toda, de la cual surge la ciencia como uno de sus emergentes fundamentales.

Queda claro entonces que la idea directriz de esta presentación es que el desarrollo del conocimiento científico se halla vinculado estrechamente con movimientos culturales y filosóficos vigorosos, puestos en marcha y sostenidos por personalidades inspiradas, liderando grupos intelectuales, históricamente sincronizados. Tal el caso de Francia, Alemania y los países anglosajones en general. Por tal razón, resulta por demás extraño que cuando, entre nosotros, los funcionarios y los medios mencionan las producciones culturales, se haga referencia exclusiva al arte en sus diversas expresiones, música, literatura, artes plásticas, arquitectura, folclore, etc., ignorando como ajenas al ámbito de la cultura, las ciencias y a sus aplicaciones y derivaciones tecnológicas.

En cuanto al desarrollo de las ciencias naturales y entre ellas la fisiológicas, experimentan un avance vertiginoso en el siglo XIX, como consecuencia directa del progreso alcanzado por las ciencias físicas y químicas en las universidades europeas, con la consecuente aparición de nuevas tecnologías y, en especial, al éxito de ciertas posiciones doctrinarias que dan origen, por un lado a la corriente fisicalista que, iniciada en Alemania, se extiende rápidamente a todo el mundo científico de Europa y América y al positivismo en Francia,

por el otro. No hay duda que el punto de partida se encuentra en la obra pionera de Johannes Christian Müller, el famoso investigador y maestro de numerosos científicos, plasmada en su "Manual de Fisiología Humana", elaborado en dos volúmenes entre 1834 y 1840. En su escuela se formaron todos los grandes fisiólogos de habla alemana que dieron a la disciplina su excepcional brillo. Ludwig Hering, Helmholtz, Dubois-Reymond, Brücke, Virchow, Schwann, Meynert y Reychert son algunos de los nombres ilustres que integraron la impresionante red de inteligencias congregadas en la Berliner Physikalische Gesellschaft. Habría que agregar muchos otros personajes de la ciencia que formaron parte o fueron discípulos de la escuela, destacándose luego como creadores de nuevas líneas de investigación: tales los casos de Weber y Fechner y de Wundt en psicología experimental y Boltzmann y Planck en física. Es interesante mencionar que hasta el propio Sigmund Freud formó parte de este increíble conjunto de científicos cuando, llevado por su vocación original por la fisiología, pasó seis años trabajando en la cátedra de la Facultad de Medicina de Viena, bajo la dirección de Brücke, abandonándola sólo cuando su maestro le comunicó que no podía continuar por falta de un cargo permanente, pasando entonces a trabajar con otro miembro de la escuela, Meynert, neurólogo y psiquiatra renombrado.

Esta riqueza de talentos que se expresaron simultáneamente, en condiciones altamente favorables, generó avances extraordinarios en las ciencias fisiológicas en dimensiones jamás igualadas en la historia. Salvo el caso de Müller, quien tuvo una existencia relativamente breve (vivió sólo 57 años), todos los demás alcanzaron edades avanzadas. Con el agregado de que fueron muy contemporáneos entre sí y se conocieron e interactuaron por muchos años. Un hecho fundamental, que justificaría una posición culturalista para explicar este desarrollo extraordinario de las ciencias naturales, es el tipo de formación que recibieron a lo largo de su educación todas estas figuras, con su carácter polifacético e interdisciplinario.

La Argentina suscribió, sin duda, este modelo cultural de la ciencia en general y, en el caso de las ciencias fisiológicas, esta opción le permitió construir bajo el liderazgo de Houssay, Braun Menéndez y otros científicos notables, el sistema exitoso que conocimos.

La otra fuente igualmente importante para la construcción del modelo argentino de investigaciones fisiológicas y la creación de la escuela de fisiología, reconocida mundialmente, que floreció hasta mediados del siglo XX, es la francesa, liderada por Claude Bernard, sin duda el más grande de los fisiólogos de todos los tiempos y uno de

los renovadores del método experimental en fisiología. Houssay se declaró siempre discípulo ideal del sabio francés a través de su obra escrita, aunque también reconocía otras influencias positivas, como la de su predecesor en la cátedra, el profesor Piñeyro, a quien llama maestro en alguno de sus textos. Es ocioso mencionar la tremenda influencia que ejercieron las ideas y los trabajos de Claude Bernard sobre el desarrollo ulterior de las ciencias fisiológicas.

En esta atmósfera de cultura científica brillante, heredera directa del fisicalismo alemán y el positivismo francés, se forma Braun Menéndez, y asimila con resultados excepcionales todas las enseñanzas directas y las indirectas producto de sus insaciables lecturas. En su mente superior, el pensamiento corriente adquiere dimensiones de creatividad y originalidad sorprendentes. Con el agregado de una profunda convicción cristiana.

De su maestro presencial don Bernardo, recibe los inmensos beneficios de una cultura clásica integral que se expresa en la envoltura seductora del conocimiento por sus causas próximas, las funciones y sus mecanismos. A ello agrega su propio bagaje cultural, que aporta un caudal de aptitudes humanísticas excepcionales, que abarcan las artes plásticas, la literatura universal: ha leído, muchas veces en su lengua original, las obras de los grandes prosistas y poetas clásicos y modernos. Su afición más reconocida es la música y llegó a ser un excelente pianista. Sus interpretaciones a cuatro manos con otro prócer de nuestra ciencia, Luis Leloir, son muy recordadas. Su dominio de las lenguas extranjeras era también remarcable.

Todas estas calidades hacen, de nuestro personaje, un verdadero paradigma del modo de ser y de la preparación general que debiera recibir un hombre de ciencia integral. Pero el rasgo que más distinguía su personalidad era su incontenible espíritu de iniciativa, que a lo largo de los años signará con perfiles originales todos sus emprendimientos científicos y culturales

La vida y la persona

De acuerdo con todos los testimonios a nuestro alcance, no cabe duda que la infancia y la juventud de Eduardo transcurrieron felices en Punta Arenas y Valparaíso, al principio, y en la Argentina más adelante. Su curiosidad por el conocimiento despertó tempranamente y, desde niño, la afición por la lectura fue uno de los rasgos dominantes de su vida. El amor por la naturaleza y las actividades al aire libre fueron otros aspectos remarcable de su personalidad. De complejión atlética, practicó con entusiasmo y habilidad diversos deportes, como atletismo, fútbol, boxeo y polo. Hombre de apariencia muy agradable, emanaba

una gran simpatía que, al primer contacto, superaba toda barrera y lo hacía digno de confianza y afecto. Su sonrisa permanente y afable, anticipo de un trato delicado y amistoso, le ganaba rápidamente la adhesión de quienes lo conocían, en especial de los más jóvenes. Trabajar en su compañía era en extremo agradable y recuerdo haber sido testigo en varias ocasiones de la atmósfera distendida y serena que reinaba en su laboratorio.

Tal vez valga la pena en este punto señalar el contraste de las personalidades del maestro Houssay y el mejor de sus discípulos, en estricta relación con sus modos de ser y hacer la historia cotidiana de una ciencia típicamente experimental y rigurosamente cuantitativa como la fisiología. Previsto que ambos se igualaban en el dominio de las prácticas, sus estilos de transmitir el conocimiento y de formar discípulos presentaba diferencias singulares. Houssay era la personificación del método y jamás abandonaba su compostura de maestro, formal, riguroso y confiable, sin perjuicio de un medido pero siempre presente sentido del humor y la ironía constructiva. La circunspección, el aparato formal, todo aquello que hace a la concepción tradicional de la autoridad intelectual y académica, desde el atuendo hasta el discurso, formaba parte de su prosopografía clásica. Braun Menéndez era, por su parte, la modernidad encarnada, sin empaques, pero siempre elegante, el cambio formal y el estilo optimista, la alegría del conocimiento y el deseo de construir mundos nuevos. Houssay enseñaba a investigar en la idea del gran desafío intelectual, el rigor de la verdad científica, el fantasma del error y la concepción del conocimiento como herramienta fundamental del progreso y la felicidad de los pueblos. Eduardo por su parte, era un maestro consumado de la motivación críptica, que privilegia en la formación de sus discípulos el incomparable placer de la búsqueda del conocimiento nuevo. Houssay actúa como un padre, a veces un poco distante y serio, aunque siempre tolerante y generoso. Braun en cambio, es el hermano mayor, solidario y muchas veces cómplice de la aventura-travesura de pensar críticamente y activar la imaginación creadora en la búsqueda infatigable del resultado original inesperado y del nuevo paradigma. Si para Houssay la ciencia y la investigación constituyen en primer término tareas intelectuales de gran importancia y responsabilidad social, que ameritan el esfuerzo denodado y hasta el sacrificio personal, Braun agrega la alegría de vivir en la búsqueda del conocimiento nuevo y el ejercicio casi deportivo de probar las propias fuerzas en la tarea original y creativa.

La obra científica: desde la clínica a las moléculas

En el terreno de las ciencias naturales pueden admitirse, en principio, dos modos de abordaje conceptual complementarios: 1) El análisis de sistemas que se dirige del todo a las partes, y 2) El análisis de componentes, que comienza por analizar las propiedades de las partes por separado, para luego intentar su ensamblado reconstruyendo la unidad integrada. Parecería razonable convenir en que la fisiología, en sus comienzos, debió limitarse al análisis de sistemas, cuyo paradigma es la ablación de órganos que permite estudiar el funcionamiento del animal privado de una estructura particular; una glándula endócrina, el páncreas, por ejemplo. Precisamente, un caso típico de patología por ablación del órgano es la diabetes pancreática del animal pancreatoprivo, obtenida por primera vez en 1889 por von Mehring y Minkowsky, dos investigadores formados en el fiscalismo alemán. Cabe decir que el fiscalismo constituye una forma de reduccionismo molecular extremo, que busca las causas próximas o mecanismos en términos exclusivamente moleculares. La versión complementaria o análisis del sistema, forma parte de una actitud respetuosa de la integridad del organismo como una unidad aunque en definitiva, busca igualmente la explicación en términos moleculares.

El desarrollo de las diversas ramas de la fisiología tuvo lugar en relación especial con el dominio de las ciencias médicas, por iniciativa, con la conducción y en manos generalmente de los médicos. De modo que en los comienzos, y aún ahora, en los laboratorios de fisiología experimental, investigadores y ayudantes de investigación eran y son, habitualmente, médicos o estudiantes de medicina. Del mismo modo, los temas que abundan son aquellos más vinculados con diversas patologías. En este sentido, la iniciación de la mayoría de los fisiólogos argentinos fue coherente, pues simultáneamente con sus trabajos de investigación, hicieron práctica clínica por varios años. Este fue el caso de Eduardo quien, al recibirse de médico en 1929, ingresó al Servicio dirigido por el profesor Rafael Bullrich, en el Hospital Ramos Mejía, para practicar la cardiología y más tarde pasó a dirigir la Sección Cardiología y Electrocardiografía del Instituto Municipal de Radiología, del cual fue además subdirector. Entre 1932, año en que ingresa al Instituto de Fisiología para realizar su trabajo de tesis de doctorado, bajo la dirección de Houssay, y 1934, reparte su actividad entre la clínica cardiológica y el laboratorio de fisiología en la Facultad de Medicina. Se convierte en un cardiólogo excelente y adquiere una experiencia clínica que le servirá en toda su carrera ulterior. Su avance

desde la práctica médica hacia la investigación básica alcanza un sentido metodológico que merece un comentario aparte.

Es sabido que Houssay, su maestro, aunque comenzó practicando la fisiología en la Facultad de Veterinaria, luego, al recibirse de médico, trabajó varios años como clínico y llegó a ser jefe de Servicio en el Hospital Alvear. Otros miembros de la escuela de Fisiología, tal el caso de Taquini y de Lanari, hicieron toda su vida investigación básica y clínica simultáneamente. En todo caso se cumplía el principio comentado previamente, que el modelo puesto a prueba fue el que se construye "del todo a las partes o del sistema a los componentes". Pero en el caso de Houssay, el alcance reduccionista de la propuesta no llegaba a componentes cualitativamente menores que los órganos o subsistemas. Sin olvidar que el maestro estuvo muy cerca del descubrimiento del mecanismo de control humoral hipotálamo-ánterohipofisario a través del sistema porta, por cuanto fue uno de los primeros en señalar que el sentido de la circulación en el mismo era desde el hipotálamo hacia la hipófisis y no a la inversa, como se suponía entonces. La hipótesis que maneja Braun Menéndez con el equipo de estudios sobre hipertensión, tuvo la fortuna y el mérito excepcional de permitir el análisis completo del problema experimental, concretando en plenitud la consigna "desde la clínica a las moléculas". Me atrevería a sostener que, desde el comienzo, Braun adopta una visión de fisiología sistémica, tomando en cuenta todos los factores generales que intervienen en la regulación de la presión arterial, con los criterios universales y muy actuales para entonces y también ahora, de la teoría de la homeostasis enunciada en su forma general por Walter B. Cannon, el famoso profesor de fisiología de Harvard, muy amigo de Houssay. Es interesante señalar que Braun Menéndez termina su carrera en 1929, el mismo año que Cannon publica su trabajo fundamental sobre la teoría. La crónica abreviada del camino seguido, que comienza ciertamente desde la elaboración de su tesis de doctorado sería más o menos así: Braun desarrolla el tema "Influencia del diencefalo y de la hipófisis sobre la presión arterial" [3] bajo la dirección de Houssay y obtiene el Premio a la Mejor Tesis del año 1934. En su capítulo inicial, analiza los antecedentes acerca de la existencia de centros reguladores bulbo-protuberanciales de la presión arterial. La revisión bibliográfica es muy minuciosa. Sus referentes son los clásicos alemanes: Ludwig, Hering y sus discípulos Dittmar y Owsjaniskow, además del francés Claude Bernard. Luego repasa críticamente los antecedentes acerca de la posible existencia de centros diencefálicos principales destinados a la misma regulación, los

confronta con sus propios resultados de lesión y estimulación hipotalámica en el perro anestesiado y en el sapo hipófisoprivo y con lesión hipotalámica y arriva a las siguientes conclusiones: 1) No existiría un centro reflejo vasomotor tónico encargado del mantenimiento de la presión arterial sistémica en el diencefalo; 2) Tampoco se halla en el diencefalo el centro vasomotor reflejo principal, pues los reflejos vasculares presores y depresores persisten aun despues de la descerebración; 3) La acción del diencefalo sobre la presión arterial sería accesoria o coadyuvante.

Presta también atención a los mecanismos reflejos senocarotídeos y cardioaórticos, que están siendo estudiados en detalle por diversos grupos, entre ellos el de Heymans, otro gran admirador de Houssay, en Bélgica, quien obtendrá más adelante el premio Nobel por sus contribuciones. Dedicar una sección completa a las observaciones clínicas de pacientes con lesiones nerviosas del diencefalo y del tronco cerebral, que presentan alteraciones estables de la presión arterial. Sus planteos apuntan a una regulación compleja humoral y nerviosa. La secuencia sigue con el estudio en paralelo de factores funcionales macroscópicos como la distribución de líquidos y solutos y del equilibrio hidrosalino en general, hasta el control del comportamiento del apetito por el sodio, que más adelante desarrollará con otro discípulo de la escuela argentina de fisiología, Miguel Covián.

Concluida su tesis, colabora estrechamente, a partir de 1934, con Oscar Orías, otro fisiólogo excelente también desaparecido prematuramente, y con un grupo de cardiólogos distinguidos: Battro, Cossio, Taquini y Vedoya. Este grupo realizó por esos años una serie muy importante de investigaciones de fisiología normal y patológica del aparato cardiovascular, desde los efectos de la ligadura de las coronarias, los ruidos normales del corazón, el ritmo de galope, los ritmos cardioneumáticos, pulso hepático, hasta los ruidos de la estrechez mitral, etc., llegando a constituir una verdadera escuela de cardiología argentina de gran originalidad y prestigio internacional. Producto de la colaboración con Orías fue un excelente tratado de fonocardiografía que, con el título de "Los ruidos cardíacos en condiciones normales y patológicas", apareció en 1937, fue publicado por la Oxford University Press y pronto se convirtió en un clásico del tema.

Entretanto siguió su carrera como docente e investigador en el Instituto de Fisiología, y cuando Orías se hace cargo de la cátedra de Córdoba, Braun lo reemplaza en el puesto de jefe de investigaciones cardiovasculares. En 1937 decide dedicarse en forma exclusiva a la fisiología y viaja

a Londres, para un período de entrenamiento en el Departamento de Fisiología del University College, bajo la dirección del profesor C. Lovatt Evans, en temas de metabolismo del corazón y del cerebro aislados.

A su regreso comienza su directa relación con lo que será uno de los logros más importantes de la fisiología argentina, que culminará con el descubrimiento de la angiotensina, designada originalmente por el grupo argentino como hipertensina.

La historia de la participación renal en el control de la presión arterial y la enfermedad hipertensiva se remonta al siglo XIX, cuando el clínico y patólogo inglés Richard Bright describió, en 1827, la asociación de nefritis y proteinuria con hipertrofia ventricular izquierda en ausencia de lesiones valvulares y sugirió como causa el aumento de la resistencia vascular consecutiva a una alteración en las cualidades físicas de la sangre.

En 1898, el fisiólogo finlandés Tigersted, con su colega sueco Bergman, trabajando en la Academia Karolinska, habían descrito la existencia de una sustancia presora en extractos de parénquima renal del conejo que denominaron renina. De modo que la vinculación entre alteraciones patológicas del riñón e hipertensión arterial había sido intuita por muchos años. Pero hubo que esperar hasta 1934 para que la relación fuera demostrada fehacientemente, cuando el grupo de Harry Goldblatt, en Estados Unidos, logró producir hipertensión experimental mediante el pinzamiento de la arteria renal en el perro. El aislamiento de la sustancia liberada en esas condiciones por el riñón isquemiado se convirtió en un objetivo científico del mayor interés. Dos grupos compitieron por varios años en una carrera desigual: uno era el equipo formado por Braun Menéndez, Fasciolo, Leloir, Taquini y Muñoz, apoyados por Houssay en el Departamento de Fisiología de una remota facultad de medicina sudamericana en Buenos Aires, mientras el otro, dirigido por Irvine Page, trabajaba en los Laboratorios Lilly, de Indianápolis, Estados Unidos. No obstante la astronómica diferencia en la disponibilidad de infraestructura y recursos materiales de todo orden, el grupo argentino logró con toda justicia, por la oportunidad y calidad de sus trabajos, la prioridad del descubrimiento con Page y su equipo. La culminación de este entendimiento formal entre dos grupos científicos a nivel internacional fue la decisión consensuada de denominar la molécula descubierta con el nombre de angiotensina, síntesis de la argentina hipertensina y la norteamericana de angiotonina. Este nombre, universalmente aceptado más adelante, fue objeto de una breve publicación de Braun Menéndez y Page, apareci-

da en la revista Science en 1958 [4], pocos meses antes de la muerte de nuestro personaje.

La vida académica y su ideal de Universidad

Las ideas de Braun Menéndez acerca de la Universidad, su organización original y su futuro, constituyen un conjunto de nociones, sumamente interesante. En su momento, en plena vorágine de confrontaciones entre partidarios de la enseñanza libre y laica, a fines de los 50 y comienzo de los 60, la figura de Braun Menéndez y sus apasionada prédica en favor de la primera adquieren un relieve singular. Hombre apasionado y de convicciones firmes era, sin embargo, un oponente de excepcional hidalguía, con quien cualquier confrontación resultaba un debate de gran altura. En un ámbito, en general, de extracción muy laica y progresista, sostenido por un estudiantado con predominio francamente reformista, su discurso y posiciones personales, frontalmente opositoras, fueron siempre atendidas con un respeto superlativo. Sus intervenciones en el Consejo Directivo de la Facultad y en el Superior de la Universidad son ejemplo de temperancia y de persuasión racional, respetuosas, sin reservas de todas las posiciones pero jamás demagógicas. Estuvo siempre en el centro de las polémicas relacionadas con los fines de la universidad, los títulos habilitantes, la masividad de la matrícula, los concursos de profesores, etc. Sus reflexiones de entonces son de una profundidad singular y admiran por su innegable actualidad. En términos de política universitaria fue, sin duda, un adelantado, por su visión particular de hombre sabio y probo que nunca abandonó sus ideas, sin jamás agraviar ni avanzar sobre las cenizas del oponente, contrastando con lo que ha sido y sigue siendo lamentable práctica en ciertos ámbitos locales. Cultivó, en suma, un estilo de sabiduría universal, con el que realizó una docencia brillante, claramente afirmada sobre sentimientos nacionales y latinoamericanos, con el hábito gentil de un caballero cabal, paradigma de una solidaridad sin reservas.

Palabras finales

He tratado de traerles una semblanza fiel, aunque plena de sentimiento, del gran hombre y el ciudadano admirable que fue nuestro Eduardo Braun Menéndez. Mis palabras son, desde luego, una pobre envoltura para tanta grandeza.

Si el 21 de septiembre de 1971, ante la muerte de Houssay, lloramos el fin de un pasado glorioso de la ciencia argentina, aquella aciaga noche del 16 de enero de 1959, lloramos por el futuro irremisiblemente perdido ante la desaparición de don Eduardo Braun Menéndez quien, según Alberto Agrest, (citado por Jaim Echeverry) [6] era

la única persona con el conocimiento, la convicción y el poder para revertir el proceso de decadencia y mediocridad que invadió a la Universidad y a la ciencia argentina en años posteriores.

Finalmente, sé muy bien que, si don Eduardo estuviera presente entre nosotros, con su proverbial optimismo, su jovialidad y generosa solidaridad, estaría de acuerdo en augurar para todas las empresas de alto vuelo que él apoyó, Universidad, ciencia e investigación y desarrollo social en general, un porvenir floreciente, a poco que las decisiones propuestas y las acciones emprendidas en el presente, se cumplan en plenitud.

Agradecimiento

Agradezco a la Lic. Claudia Teresa Marro su valiosa y desinteresada ayuda en la elaboración de este manuscrito.

Referencias

- [1] Barrios Medina A., Paladini C. (Compiladores). *Escritos y Discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*. EUDEBA, Argentina (1989).
- [2] Basso N. Historia del descubrimiento de la angiotensina. Breve reseña. *Boletín del Consejo Argentino N° 2*, 10-18 (2001).
- [3] Braun Menéndez E. Influencia del diencéfalo y de la hipófisis sobre la presión arterial. Tesis para el doctorado de Medicina, Universidad de Buenos Aires, 1-75 (1934).
- [4] Braun Menéndez E., Page I. H. Suggested revision of nomenclature: Angiotensin. *Science* 127:242 (1958).
- [5] Cerejido M. *La nuca de Houssay*. Fondo de Cultura Económica, Argentina (2001).
- [6] Jaim Echeverry G. La concepción universitaria de Eduardo Braun Menéndez. *Medicina* 60: 149 (2000).